

El valor de lo que no ocurre

Por **Miriam Pérez**, Vocal de ADSI

Vivimos en una sociedad en la que el éxito suele medirse por lo visible. Celebramos el incremento de las ventas, la inauguración de nuevas instalaciones o el lanzamiento de un producto innovador. Sin embargo, la dirección de seguridad tiene una peculiaridad que la diferencia de casi cualquier otra disciplina: cuando hace bien su trabajo, lo normal es que no ocurra nada. Y ese es, precisamente, su mayor reto.

Un Director de Seguridad puede dedicar meses a identificar vulnerabilidades, mejorar procedimientos, formar a las personas, coordinar equipos y preparar planes de respuesta. Si todo funciona como estaba previsto, no habrá incidentes relevantes, no habrá titulares y, probablemente, pocos repararán en el esfuerzo realizado.

Por eso, el desafío del Director de Seguridad no consiste únicamente en gestionar riesgos, sino también en saber comunicar el valor que aporta a la organización. Ese valor, sin embargo, no siempre se refleja en un cuadro de indicadores o KPIs. No basta con hacer bien el trabajo; es necesario explicar qué riesgos se han mitigado, qué decisiones han reducido la exposición de la organización y cómo las medidas adoptadas contribuyen a la continuidad del negocio. Hablar el lenguaje de la

dirección, apoyarse en métricas comprensibles y trasladar el valor de la prevención no es un ejercicio de autopromoción, si no una forma de que la seguridad ocupe el lugar estratégico que le corresponde dentro de las organizaciones. De lo contrario, esta realidad puede

llevar a una percepción equivocada: si nunca pasa nada, ¿era realmente necesaria toda esa inversión?

La legislación define claramente las funciones del Director de Seguridad, pero su verdadera contribución va mucho más allá del cumplimiento normativo. Su misión consiste en garantizar la continuidad del negocio, proteger la confianza de clientes y empleados, anticiparse a las amenazas y asegurar que la organización está preparada para responder con eficacia cuando estas se materializan.

En un entorno cada vez más complejo e incierto, donde conviven riesgos físicos, tecnológicos y organizativos, la seguridad no puede entenderse como una mera suma de cámaras, alarmas o vigilantes. Su eficacia depende de que exista una dirección capaz de integrar todos esos elementos bajo una estrategia común.

Quizá nunca podamos medir con precisión todo lo que un Director de Seguridad evita que ocurra. Pero sí podemos reconocer que, cuando una organización funciona con normalidad, cuando las personas desarrollan su trabajo con tranquilidad y cuando una crisis se gestiona con rapidez y eficacia, detrás suele haber una dirección de seguridad que ha hecho bien su trabajo.

Porque un día en el que "no ocurre nada" nunca es fruto del azar, sino la evidencia de que todo se ha previsto a tiempo. ■

